

EL ENTREAUTO.

PERIODICO DE TEATROS.

LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de Preciados, número 19.
Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 25 para las provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.

MI VOCACION POR EL TEATRO.

Cumplí yo los veinte años, y aquel día...; ay Dios! cuántas ilusiones tenía en mi cabeza! Dos, sin embargo, eran las ideas que predominaban en mi fantasía, dos los sueños brillantes en que se adormecía y arrullaba mi imaginación infantil: el uno ser querido siempre de mi querida, el otro llegar con el tiempo á ser actor.

Mi querida, era una querida en el buen sentido de esta palabra; su edad 17 años; su cara un compendio de todas las caras hermosas; su cuerpo un epitome de todos los cuerpos airoso, salado y elegantes; su pie formado de un tarso en diminutivo, de un metatarso en abreviatura, y de unas falanges en taquigrafía; sus cabellos no eran de oro, porque no eran rubios, no eran de ébano, porque no eran negros, sino así entre nogal y caoba, y tan finos, y tan largos, y tan espesos y tan rizos como no es fácil de concebir. Unia mi amada Luisa, (que tal era su nombre), á tan bello exterior un tono de voz que hacia vibrar los corazones, un genio alegre, un carácter bondadoso y dócil (ah! tal vez demasiado dócil!) y un entendimiento naturalmente despejado y agudo.

Una falta tenía, ó podia tener á los ojos del mundo mi adorada Luisa: y era su calidad, porque en efecto, no era hija de la primera nobleza, ni de la segunda, y si va decir verdad, ni aun de la tercera. Su padre, hombre honradísimo, si los hay, habia pasado su corta vida ejercitando dos obras de misericordia: una la de vestir al desnudo, quiero decir que era sastre; otra la de dar de beber al sediento, pero esta la ponía en práctica consigo mismo, reconociéndose sin duda por el primer sediento de Madrid, ó tal vez siguiendo la máxima aquella de que la caridad bien ordenada comienza por uno mismo. Mas como estas aguas de por acá, suelen por defecto de las cañerías ó de los fontaneros no venir siempre muy puras, el respetable padre de mi Luisa, de cada veinte veces que bebía, daba la preferencia al vino sobre el agua. Quiero decir, que esta costumbre higiénica le aceleró la muerte, mas yo no lo creo porque quién le difundió esta calumnia fueron los médicos, los cuales ya se sabe que suelen achacar á otros sus desaciertos.

Era el sastre viudo, por fortuna suya, y por desgracia de su hija; pues á la muerte de su buen padre quedó enteramente huérfana, y al cuidado de una tia. Esta amable parienta, planchadora de profesion, no bien pasaron los primeros dias del duelo, cuando me llamó á parlamento, y dándose por entendida de mi amor á Luisa me hizo la consabida intimación de herrar ó quitar el banco; es decir, por si vds. no lo entienden, me declaró en lenguaje llano, inteligible, y planchadoril, que ó me casaba con su sobrina inmediatamente, que es lo que ella llamaba herrar (no sé si con hache ó sin ella) ó desde luego suspendía mis visitas á la muchacha, que es lo que significa quitar el banco. Para responder á tan terrible notificación hecha así *ex-abrupto*, y como si digéramos, *hospite insalutato*, me vi apuradísimo; pues no dejaron de asaltarme en el instante dos poderosas reflexiones, mi natural repugnancia á la coyunda del matrimonio, y la que mi familia ignorante de aquellos amores habia de oponer á semejante enlace. Mas ello fue en fin, que apurado por la tia (porque vds. no saben lo imponente que es una tia cuando intima la rendición con brecha abierta) capitulé, ofreciendo dirigir mis pasos hacia una union legítima y sacra-

mental, que se verificaría cuando yo terminase mi carrera.

Es el caso que mi carrera no llevaba muchas trazas de concluirse, porque yo, mas que á los libros de la facultad, me inclinaba á los de poesías y comedias, y al paso que olvidaba las recitaciones del Heinecio, y la instituta de Justiniano, sabia de coro á Calderon, Moreto, Tirso, Lope de Vega y Cañizares. Y como las mugeres enamoradas, fácilmente toman los hábitos y aficiones de sus amantes, mi niña se dió como yo, á leer y releer á nuestros autores dramaticos, hasta el punto de saber tambien de memoria centenares de relaciones, diálogos y escenas.

Sucedió, pues, que un sábado por la noche, en que la tia planchadora tuvo que salir de casa con toda diligencia, para llevar un camisolín á cierto marqués, y que pudiera mudarse al día siguiente, Luisa y yo nos quedamos mano á mano entretenidos en recitar pasajes de comedias (inocencia que yo mismo no creo ahora de mi mismo). Entusiasmado yo, me puse en pie, y comencé un diálogo entre galán y dama; Luisa que sabia de memoria la parte de la dama, hizo lo mismo y empezó á recitar y contestarme. Exaltada nuestra imaginación, levantamos el tono, y declamábamos los dos dando grandes voces, yo gesticulando ni mas ni menos, que podríamos hacer en un público teatro.

Para que nada faltase á nuestra ilusión, al finalizar el diálogo entró la tia, que venia de muy buen humor porque el marqués su parroquiano le habia ofrecido pagarle de allí á un mes seiscientos rs. que de la plancha le debía; y como viese la buena gana con que nosotros estábamos recitando, comenzó á aplaudirnos y á palmotear con todas sus fuerzas. Reímos de la ocurrencia de la buena muger, pero ya sentados y tranquilizados los tres, dije yo: verdaderamente, Luisa mia, que si tú y yo nos dedicásemos á representantes habíamos de sobresalir. —Cómo! replicó la planchadora, un hombre de estudios como vd., habia de hacerse cómico! —Pues antes para serlo bueno, respondí estudios se necesitan, y si en España escasean tanto, es porque á esa profesion solo han solido dedicarse hombres ignorantes: entre los actores que hoy tenemos los que se aventajan algo son aquellos que antes ó despues de salir al teatro han estudiado.

Muy extraño se hizo esto á la tia, pero mas creció su asombro cuando yo dije que envidiaba la gloria de Maíquez, Caprara, Latorre, Guzman y otros que por su inteligencia en el arte de la representación dramática se han hecho famosos. Quedó la conversacion tan impresa en las dos oyentes que en los dias sucesivos se renovó varias veces: yo seguí manifestándome apasionado entusiasta de la profesion de actor; dije que me atrevia á dar algunas lecciones á Luisa para perfeccionar sus buenas disposiciones; y por último, embriagado de amor, y de esperanzas de lauros escénicos, declaré que si rompiendo por preocupaciones é inconvenientes yo me dedicaba al teatro y Luisa queria seguirme, en el momento que hubiera quien nos hiciese un buen partido, se realizaria lo que por el camino de mis estudios era mas largo, y yo trocaria inmediatamente el título de amante por el de esposo. Oyendo esto la Luisita hubo de desmayarse de puro gozo. El prospecto de una carrera de lucimiento y brillo (porque ella ya se imaginaba ser una Mars ó una Siddons) y por añadidura el salir tan pronto del triste estado de soltera, la arre-

bató de suerte, que arrojándose á los pies de la planchadora, con una rodilla en tierra, y entrambas manos, estendidas, la rogaba y conjuraba en tono declamatorio, acento tragico, y actitud teatral, que se prestase á plan tan juicioso, y que la diese licencia para hacerse cómica, pues en ello iba la tranquilidad, la vida, y hasta el honor de su sobrina.

Este último conjuro, que yo no se por qué se ocurrió á Luisa, hubo de hacer creer á su tia, que tal vez mientras ella iba á llevar la ropa planchada á sus parroquianos, nos entreteníamos nosotros en algo mas que en recitar escenas de comedias. Fuese por este temor, ó por otra causa cualquiera, el resultado es que mi plan quedó aprobado sin otra discusion, y Luisa y yo tan resueltos á salir á las tablas como á casarnos y adorarnos reciproca y eternamente.

Tres meses faltaban para la cuaresma, y todos los ocupé yo en dar á mi novia unas lecciones teóricas y prácticas de la declamacion. Llegado el tiempo de la formacion de las compañías, me fui á la plazuela de Santa Ana; hice conocimiento con actores, trabé amistades con actrices, obsequié á los autores con sendas botellas de cerveza, franqué mi petaca á todos los comisionados y adláteres de los que *formaban*, y por último me manifesté candidato para plaza de primer galan, ofreciendo presentar tambien una preciosa joya para papeles de primera dama. Desearon todos ver la joya, pero yo no la mostré mas que á cierto rico empresario que estaba formando para Zaragoza. Queoó el hombre prendado de las disposiciones, y sobre todo de la figura de Luisa; y dejándose entrever esperanzas de buen ajuste, me escitó á que en casa de ella tuviésemos un *particular*, que así llaman á una representacion hecha por via de ensayo. Hízose en efecto; lució mucho mi discipula; aplaudieronla todos en gran manera; el empresario no la quitaba ojo, y yo me complacia en observar lo embelesado que le tenia la muchacha. Aquella noche nos separamos todos gustosos y complacidos.

A la mañana siguiente fui á casa de Luisa bien temprano, y ya estaba allí el empresario. Esto me sorprendió; pero mas todavía el verle frio y reservado conmigo. Tuve algunos recelos, quise comunicarlos á mi novia; pero el diablo de la tia en toda la mañana no agarro la plancha, ni nos permitió hablar dos solas palabras en secreto: lo mismo fué por la noche, y ademas me obligó á retirarme temprano, diciendo que estaba mala y necesitaba recogerse. Fuime triste, me acosté lleno de mil imaginaciones, y amanecí caviloso y desconfiado: sin embargo, de todas mis sospechas me sosegaba el no haber advertido en Luisa mudanza alguna: ya dejo dicho que acababa yo de cumplir los veinte años.

Apenas me pareció que era hora regular, me marché en casa de Luisa; llamé y nadie contestaba; por último acudí á los campanillazos una vecina diciéndome que tia y sobrina habian salido muy de mañana. Confuso y angustiado, voy en casa del empresario: la huésped me preguntó mi nombre, y en diciéndoselo me entregó una carta cerrada, que abierta y leida vi que decia de esta suerte.

«Muy señor mio: tanto es lo bien que me ha parecido la Luisa que ayer mismo la he contratado conviniendo en el precio con su tia. Una y otra se vienen conmigo á Zaragoza, y yo doy á V. mil gracias por tan buena adquisicion. En cuanto á V., me parece que debe renunciar á salir al teatro: tiene V. poca voz, la figura flaca y desgraciada, la accion fria, y el recitar pausado. Sin embargo, si para otro año hubiese V. adelantado, no le sería difícil colocarse por ahí en clase de parte de por medio. De todos modos, espero cuenta siempre con la amistad de S. S. S. &c.»

Un suceso tan inesperado, una traicion tan inconcebible me dejaron petrificado y absorto: sali de allí renegando del teatro, de mi necesidad, de mis amores; juré odio eterno á las mugeres, y aunque no he podido cumplir enteramente el juramento, á lo menos no lo he quebrantado en cuanto á las sobrinas de las planchadoras. El dolor y la pena alteraron mi salud, y si no me volvi loco, fue por temor de que me llevasen á Zaragoza; y encontrarme allí con Luisa, con la planchadora, y con el empresario.

El tiempo y otras cosas me han consolado de aquel chasco, y en cuanto á mi vocacion de actor, es tanta toda via, que no esperando otra colocacion, me he matado á representar en el teatro del Liceo; á donde emplazo á

VV. para verme lucir en el *Café de Moratin* lo que llamaba el empresario mi escasa voz, mi accion fria, y mi figura enjuta y flaca. Justamente es papel de sacar á la vergüenza las pantorrillas.

EL ESTUDIANTE.

EL HOMBRE NEGRO.

A una legua de la ciudad de Sarento, se estiende un inmenso valle, acaso el mas pintoresco de toda la Italia. Muchos poetas han cantado su hermosura, pero las descripciones de los poetas han sido siempre palidas y mezquinas. Rodeado de cuatro filas de naranjos se levanta en tan ameno sitio una casa de sencilla apariencia, la que encierra la historia siguiente:

Aquella morada era, hace cien años, el taller de un escultor de Florencia, llamado Mario.

Una tarde, admirando los postreros rayos del sol y las elevadas montañas que dominan el valle, cayó sumergido en la mas profunda meditacion. Decíase así mismo: ¡Qué sublime é imponente espectáculo presenta la naturaleza! ¡Cuánto vacío en esa inmensidad que separa el cielo de la tierra! ¡Oh! yo no puedo pensar en la vida de ese otro mundo sin ponerme triste y acojogado. Lidia, Lidia, ¿por qué no estas á mi lado para impedir que me ocupe de otro objeto? ¡Necesito consuelos y no estas aqui para animarme! ¡Lidia, Lidia!

En el momento mismo en que el escultor pronunciaba estas últimas palabras, encontráronse sus ojos con un desconocido, vestido de negro de pies á cabeza. Mario estaba muy lejos de esperar semejante visita y mucho menos á tales horas.

—¿Qué queréis, dijo Mario, al personage que se presentaba á él?

—He venido á buscaros, Mario, porque os necesito para una obra.

—En este momento me es imposible perder una hora, un minuto...

—Os necesito, Mario, y aun cuando tuviera que pagaros adelantado el trabajo de diez años, es preciso que lo dejeis todo por mí.

—En ese caso, decid lo que queráis.

—Toma diez mil coronas, y te doy seis meses de tiempo para concluir el trabajo que voy á indicarte. Necesito un joven afligido, que esté llorando puesto de rodillas en la tumba de su amada. Y el desconocido trazó en la pared dos cabezas tan divinamente hermosas y tan llenas de atractivo, que Mario se quedó mudo é inmovil. Despues de un prolongado silencio, dijo al desconocido: con modelos tan perfectos, no será difícil producir una obra maestra; y una vez que me habeis indicado la actitud de los personages, debierais haber hecho lo mismo con su fisonomia. ¿Por qué faltan las caras á este bosquejo?

—Lo sabrás mas tarde; por ahora no puedo decirte nada mas. Me prometes tu obra para dentro de seis meses: el dia que espire el plazo nos volveremos á ver. Y el desconocido desapareció.

Mario no volvía de la sorpresa. Púsose á discurrir acerca de la visita de tan singular personage. Su imaginacion se estravió en un mar de reflexiones; pero poco á poco fué saliendo de su asombro pensando en que dentro de poco Lidia sería suya, Lidia, su mas dulce sueño, su mas hermosa flor de esperanza!

El dia siguiente cuando el sol empezaba á dorar las risueñas montañas del valle, Mario estaba llamando á la puerta de su amada. Con la esperanza en los labios y el amor en el corazón entró el escultor en el cuarto de Lidia. Estaba mas hermosa que nunca.

—¿Me amarás, decia Mario á Lidia?

—Oh! sí: mientras que quede un rayo de fuego en mi alma, será para tí, Mario, para tí solo; y los dos amantes se abrazaron.

Sin embargo tuvieron que separarse; Mario dirigió á la prometida algunas otras palabras de amor, y regresó á su taller melancólico y pensativo. Dia y noche tema delante de los ojos el bosquejo del misterioso desconocido; dia y noche le perseguian mil y mil ideas á cual mas confusas, á cual mas inexplicables. Muchas veces intentaron sus manos copiar el trabajo que se le habia encargado; pero siempre le faltaban las fuerzas; la ausencia de la cara de los dos modelos atormentaba sin cesar su imaginacion.

cion. El poder creador le había abandonado. Cuatro meses habían transcurrido ya, y Mario no había empezado aun su trabajo.

Durante este intervalo, la pobre Lidia cayó gravemente enferma. Mario conoció el peligro que corría, y no se separó un momento de la cabecera de su cama.

Una noche descansaba Lidia confiada en la tierna solicitud de Mario. Una lámpara encendida delante de la imagen de la Virgen, alumbraba débilmente la habitación; la brisa de la noche jugueteando con los pliegues de las blancas cortinas de la ventana, proporcionaba a la enferma el descanso que su abatimiento exigía, y que le había negado el calor del día. Mario clavaba sus miradas en aquellas pálidas mejillas, frescas y sonrosadas en otro tiempo; su corazón se oprimía reflexionando la rapidez con que habían perecido tan bellas formas, como si se hubieran desvanecido todos sus sueños de felicidad.

Estos pensamientos le desgarraban el alma; las lágrimas humedecían sus párpados; pero no podía ni exhalar un suspiro, ni derramar una lágrima. Inmóvil bajo el peso de la aflicción, miraba Mario a su alrededor sin fijarse en ningún objeto; cuando de repente vé en la pared su sombra y la de Lidia, que ofrecen una semejanza completa con el dibujo del desconocido. Cree ver en este acontecimiento la mano fatal de la Providencia, y este pensamiento de muerte oprime su corazón. Poco a poco le abandonan las fuerzas, y cae sin sentido. El ruido de su caída, despertó a Lidia y excitó en ella una emoción tal, que a los pocos momentos estuvo al abrigo de los padecimientos de este mundo. Cuando las jóvenes vestidas de luto, llevaron al sepulcro los restos de Lidia, decían: «la muerte ha cogido la flor mas hermosa de Sarento.»

El desgraciado Mario volvió a su taller para desterrar por medio del trabajo el triste recuerdo de sus desgracias. Empezó con ardor la obra por tanto tiempo descuidada, dejándola tan solo cuando le obligaban a ello las repetidas instancias de algunos amigos. Una sombría melancolía se apoderó de él... Pero esto no podía durar.

Un día Isario, su hermano político, fué a consultarle acerca de una cuestión del arte. La seña que acostumbraba hacer para entrar en el taller, no tuvo contestación. Isario la repitió, pero inútilmente. Este silencio le alarmó, y forzando la puerta del taller, se quedó sumamente sorprendido, viendo a Mario, apoyada la cabeza en las manos, y como dormido delante de un grupo recién acabado y lleno de expresión. Quiso despertarle, pero el frío glacial de sus manos, anunciaba que el escultor estaba dormido para siempre.

Isario reconoció los rostros de su hermana y de Mario, a pesar de que el conjunto había sido copiado del modelo bosquejado en la pared. Al pie del grupo había un libro abierto, y en la primera página se leían las siguientes líneas: «Isario, en nombre del amor que a tu hermana tenía, en nombre de la amistad que nos unía, te suplico que mandes colocar mi cadáver al lado del de mi querida Lidia, y que cubran nuestra tumba con este fúnebre monumento que he podido concluir antes de mi muerte.»

El sepulcro que encerraba los restos de los dos amantes fue visitado por todos los habitantes de Sarento, tanto por la perfección de la obra como por la historia que encerraba. Hace poco tiempo que ha sido destruido y se dice que por espacio de cincuenta años se vio vagar por sus inmediaciones a un hombre negro. Era el personaje misterioso que se había aparecido a Mario.

G. F. C.

POESIA.

LA FLOR DEL VALLE.

Flor columpiada entre abrojos
Que en tan apacible calma
Trocando estás mis enojos;
Tanto me encantas el alma,
Cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento
Quieras divertir mi intento,
Qué asáz divertido está;
Deja a un triste, que en el viento
Sembrando ilusiones vá.

Y aunque hacía a tí me encamina
Tu purpurino arrebol,
Déjame, flor peregrina,
Que trasponga esa colina,
Antes que ese monte el sol.

Porque en mi amante locura
Comparándote a mi bien,
Al lado de tu hermosura
Me hallara la noche oscura,
Y el claro día también.

Huyendo voy del amor
Y de sus templadas iras,
Si voy ó no con dolor,
Bien claro lo miras, flor,
Si es que a los ojos me miras!

¡Cuál en un pecho afligido
La ya adormecida holganza
Despierta un valle florido,
Y mas cuando está vestido
Del color de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave
Con tierno y sentido afán,
Si forma el aura suave
Sonidos, que nadie sabe,
Si cruzan, vienen, ó van!

¡Y cómo el alma enajena
El agua murmuradora,
Cuando al tumbarse serena
Roba las conchas sonora
Rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
La queja, en el alma deja,
De aquellas tórtolas puras,
Pues se dicen mil ternuras
Para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
A tan deliciosos sonos,
¡Oh cómo escuchan contentos
Las acordadas canciones
De los atordados vientos!

Bien hayas pintada flor,
Gloria del pintado abril;
De tan delicado olor,
Que estiendo el aura sutil
Con tus olores, tu honor.

Los rayos del sol te doran,
Por tí las aves suspiran;
Los zéfiros te enamoran;
Y los viajeros te admiran,
Si las serranas te adoran.

Te prestan són los ambientes,
El plácido abril sus galas;
Ruido las mansas corrientes;
Oro las rubias zagalas;
Plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío;
El alba aljófár te llora,
Te dá la noche rocío;
Perlas y espumas el río;
Luz y diamantes la aurora.

Y al valle tu olor prestando,
Cón muelle calma estás viendo,
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo
Ya las alóndras cantando.

Y en dulce tropel hirviente
Livianos los ecos luchan
Fatigando el manso ambiente,
Por repetir dulcemente
Lo que dulcemente escuchan.

Y los sentidos atentos
A tan deliciosos sonos,
Oh como escuchan contentos
Las acordadas canciones
De los acordados vientos!

Al ver tanto bien, mi estrella
Me acuerda los que gocé
En el regazo de aquella
Que loco por bella amé,
Y me despreció por bella.

No es la luz de la mañana
Cuando del valle lozana
Las ilustres flores pisa,
Tan hechicera y galana
Como su dulce sonrisa.

Tanto se hace de temer
El oro de sus cabellos,
Que menos es menester
Que el que ellos se dejen ver,
Para ser esclavo de ellos.

Y mas el alma enagena
Que el agua murmuradora,
Porque es su voz seductora
Como las auras, serena
Como las fuentes, sonora.

Tiene, si el alba blanca,
Nieve su pecho gentil;
Como las palmas fresca;
Cristales su frente pura;
Coral, su boca, y marfil.

Es de las serranas Diosa;
Dulce afán de los pastores;
Tierna amiga de la rosa;
Hermana del alba hermosa;
Reina de las bellas flores.

Triste! y con turbado intento
De todas mis dichas hoy
Me alejo, y de mi contento
Por eso flor, en el viento
Sembrando ilusiones voy.

Adios; y no estrañes flor
Que mis amores te cuente,
Porque no hay placer mayor
Como el placer que se siente
Contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura
Para aliviar mis dolores,
Toma esta lágrima pura,
A ver si una vez natura
Me da por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
Fuera, según la abundancia
Con que salieron de mí,
Todo un pensil la distancia
Que media desde ella a tí.

Y así su són los ambientes
Te den, y el abril sus galas;
Ruido las mansas corrientes;
Oro las rubias zagalas;
Plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
Con muelle calma estés viendo
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alóndras cantando.

Y adios; que turbio ilumina
El vespertino arrebol;
Déjame, flor peregrina,
Que trasponga esa colina,
Antes que ese monte el sol.

R. CAMPOAMOR.

VARIEDADES.

TEATRO DE GRANADA. El 26 del pasado se puso en escena á beneficio de doña Matilde Díez, el drama original de don Francisco Martínez de la Rosa, titulado LA CONJURACION DE VENECIA.

TEATRO DE VALENCIA. Ha tenido un éxito brillante la ópera de Bellini; y CAPOLETTI ED. I MONTECCHI. La compañía de verso no ha presentado ninguna novedad en el último tercio del mes vencido.

TEATRO DE SEVILLA. Se ha ejecutado con general aceptación la ópera en tres actos, titulada el JURAMENTO; y se estaba ensayando, á fines del pasado, para ponerse en escena á la mayor brevedad la ópera en tres actos, titulada, JULIETA Y ROMEO.

TEATRO DEL BALON DE CADIZ. Don Pedro Montañó, (nos dice nuestro corresponsal) está contratado por seis meses para este teatro, y en las funciones que lleva ya ejecutadas ha sido sumamente aplaudido, obligándole el público en algunas de ellas á que saliese á recibir los homenajes que le tributaron.

TEATRO DEL PRINCIPE. Han empezado ya los ensayos de la comedia de magia, LA REDOMA ENCANTADA O LA RESURRECCION DEL MARQUES DE VILLENA.

TEATRO DE VALLADOLID. Nuestro corresponsal de aquella capital nos dice: que el empresario del teatro está en trato con el señor Guzman para que vaya á dar unas funciones; que igualmente espera que el señor Latorre regrese de Valencia á esta corte para hacerle iguales proposiciones; que la compañía de ópera que de paso se halla en aquella ciudad, ha sido contratada para que dé ocho representaciones mas; y finalmente, que se iban á poner en escena las siguientes composiciones del Repertorio Dramático, EL CAMPANERO DE SAN PABLO, MADEMOISELLE DE BELLE-ISLE, PABLO EL MARINO Y LOS CELOS DE UNA MUJER.

TEATRO DEL PRINCIPE.

FUNCION PATRIOTICA.

Entre las varias funciones que el Excmo. Ayuntamiento Constitucional de esta muy heroica villa, ha dispuesto para celebrar los faustos acontecimientos en las provincias del Norte, ha determinado que se dé una en este teatro, la noche del viernes 11 del actual; la que se distribuirá del modo siguiente.

1.º La Sinfonia compuesta por el niño D. Igdacio Ovejero, Sócio de mérito en la Academia Matritense, y cuya edad no llega á once años.

2.º LOS MARIDOS SOLTEROS, comedia en un acto.

3.º Se leerán varias composiciones análogas por los primeros actores de la sociedad.

4.º UN HIMNO A LA PAZ, compuesto espresamente para esta funcion, por el mencionado niño D. Ignacio Ovejero.

5.º ¡UN LIBERAL!! Drama en un acto.

6.º BOLERAS á doce, llamadas del Marinerito.

7.º LA CASA EN VENTA, comedia en un acto.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.